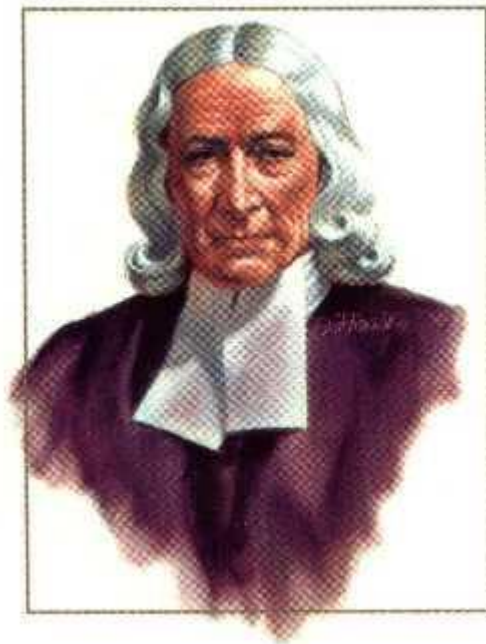


Juan Wesley y La Biblia



Me considero como una criatura de un día que pasa por la vida, semejante a una flecha que rasga el aire. Soy un espíritu enviado de Dios, suspenso por un momento sobre el gran golfo, hasta que dentro de algunos momentos ya no se me verá más. ¡Pasaré a la eternidad inmutable! Una cosa anhelo saber: el camino del cielo; llegar salvo al puerto de salvación. Dios mismo se ha dignado enseñarnos el camino, puesto que a eso bajó del cielo. Lo ha escrito en un libro. ¡Oh, dadme ese libro! A cualquier precio, dadme el Libro de Dios. Ya lo tengo, y en él está atesorada toda la ciencia que necesito. Voy a ser hombre de un solo libro. Heme aquí, pues, lejos de la bulla del mundo; solo, solo con Dios, en cuya presencia abro y leo este Libro, con un fin: el de hallar el camino del cielo. ¿Hay acaso duda alguna respecto al sentido de lo que leo? ¿Existe algo que aparezca oscuro o intrincado? Al Padre de la luz elevo mi corazón. Señor, ¿no dices en tu Palabra: "Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios? Tú das abundantemente y sin reproche". Tú has dicho: "El que quisiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina". Estoy listo a obedecer, enséñame tu voluntad. Busco pues y estudio pasajes paralelos de las Sagradas Escrituras, "Acomodando lo espiritual a lo espiritual". Sobre ellas medito con la concentración y sinceridad de que es capaz mi mente, y si aún me queda alguna duda, consulto a aquellos que tienen experiencia en las cosas de Dios, así como los escritos de los que, aunque muertos, todavía nos hablan. Y lo que de esta manera aprendo, eso enseño.